

Laudatio de Juan J. Linz,
Sterling Professor Emeritus of Political and Social Science, Yale University*

Laudatio by Juan J. Linz

José Ramón Montero
Universidad Autónoma de Madrid
joseramon.montero@uam.es

* Discurso pronunciado el día 1 de agosto de 2005 en el Instituto Cervantes de Nueva York con motivo de la entrega a Juan J. Linz, Sterling Professor Emeritus of Political and Social Science de la Yale University, del Premio Nacional de Ciencia Política y Sociología, concedido por el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) en su convocatoria de 2004. Para esta publicación he preferido mantener el mismo texto del discurso, y limitarme a añadir sólo algunas notas y referencias a los trabajos del profesor Linz. Quiero agradecer a Fernando Vallespín, presidente del CIS, y a Ángel Muñoz, su secretario general, las facilidades concedidas para que esta *laudatio* pudiera llevarse por mi parte a cabo.

Excelentísimo Sr. Secretario de Estado de Relaciones con las Cortes,

Excelentísimo Sr. Cónsul General de España,

Ilustrísimo Sr. Presidente del CIS,

Sr. Director Académico del Instituto Cervantes,

Queridos amigas y amigos,

Queridos Juan y Rocío,

En los rituales académicos, la *laudatio* es el discurso elogioso mediante el cual un profesor presenta al Claustro de profesores y alumnos, normalmente revestidos para la ocasión con vistosos trajes académicos, a un colega a quien la universidad va a otorgar un Doctorado *honoris causa* en la más solemne de las ceremonias. Quien lo pronuncia es el *laudator* en algunos países o el *padrino* en otros, es decir, en este sentido, la persona que acompaña a otra que recibe algún honor.

Es evidente que el acto que hoy celebramos aquí, gracias a la hospitalidad del Instituto Cervantes, es distinto por muchos motivos. No formamos un claustro universitario, ni vestimos togas académicas, ni vamos a conferir grado alguno. Pero aunque estemos en Nueva York y sea primero de agosto, este acto tiene el inconfundible sello académico del máximo reconocimiento a un maestro como el profesor Juan Linz por parte de una institución como el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), que tiene entre sus objetivos el de contribuir a la excelencia en las ciencias sociales. Este reconocimiento aparece expresado en el Premio Nacional de Ciencia Política y Sociología, un muy prestigioso galardón que hace algunos meses un Jurado compuesto por personalidades españolas de las ciencias sociales, y presidido por Fernando Vallespín, una de ellas y además presidente del CIS, otorgó por unanimidad al profesor Linz (a Juan, si se me permite a partir de ahora la familiaridad). De modo que esta *laudatio* no pretenderá, como es usual en los actos académicos, *presentar* a la comunidad universitaria a quien es desde hace ya muchos años un puntal de referencia en el ámbito internacional de las ciencias sociales, sino más bien subrayar algunos elementos de su excepcional trayectoria vital y científica que, a mi juicio de peculiar *padrino*, resultan especialmente destacables.

Quizás debería empezar por el final. No es un procedimiento habitual, pero resulta eficaz para comenzar demostrando el acierto del CIS al otorgar su máxima distinción. Y es que el CIS se une así a instituciones como las Universidades de Granada, Autónoma de Madrid,

Georgetown, Marburgo, Oslo y del País Vasco, que le han concedido Doctorados *honoris causa*. El del CIS se añade también al Premio Europa de Italia, al Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales, al Helen Dinnerman de la World Association of Public Opinion Research (WAPOR), al Johan Skytte en Ciencia Política de la Universidad de Upsala y a la Orden de Isabel la Católica. Y su nombre se vincula con la American Academy of Arts and Sciences, la Academia Europaea o la Royal British Academy, a las que Juan tiene el honor de pertenecer por decisión de sus miembros.

En esta nutrida nómina he dejado fuera el premio otorgado a finales de los años cuarenta al joven Linz por haber logrado el mejor expediente nacional en Ciencias Políticas y Económicas; también obtuvo uno de los cuatro mejores expedientes en Derecho. Me gustaría destacarlo ahora por su relevancia como el basamento de su posterior formación académica e investigadora, según gusta el propio Juan de recordar¹. Y es que ya entonces Juan mostraba algunos rasgos distintivos. Para empezar, se había visto obligado a elegir país, lengua y cultura, una decisión insólita para todos nosotros, debida a su nacimiento en Bonn en 1926, de padre alemán y madre española. Poco después acumuló una serie de experiencias vitales únicas: padeció la crisis económica de la República de Weimar, vivió los momentos finales de la República española, conoció la represión nazi y percibió en carne propia las diferencias entre los integrantes del bando franquista en la Salamanca de la guerra civil. Tras su decisión de ser español, esas experiencias se reforzaron al fallecer su madre, verse obligado a trabajar para pagarse sus estudios, hacer un largo servicio militar en la Escuela de Guerra traduciendo textos alemanes e ingleses y continuar su amistad con un nacionalista revolucionario estonio que había participado en el viaje de Lenin a través de Alemania a la estación de Finlandia.

Un tercer elemento fundamental de estos primeros años consistió en su incorporación al Instituto de Estudios Políticos, en Madrid, en 1948, de la mano de Javier Conde. Si sus experiencias adolescentes le llevaron a interesarse por las desigualdades sociales y los problemas políticos, y sus años de estudiante le facilitaron una buena formación en Derecho y en ciencias sociales, su etapa en el Instituto le permitió familiarizarse con los clásicos de la sociología, desde Comte hasta Simmel, desde Weber a Mannheim, desde Marx a Pareto, Heller o Kelsen. En fin, poco después, en el otoño de 1950, Juan comenzó una etapa decisiva como estudiante graduado en la Universidad de Columbia, en Nueva York, gracias a la beca del Ministerio español de Asuntos Exteriores que consiguió por los buenos oficios de Javier Conde. Como el propio Juan ha subrayado, su llegada a Nueva York no fue fácil: había cambiado la seguridad de un trabajo por la vida de un estudiante becado por sólo nue-

¹ Por ejemplo, en la magnífica entrevista mantenida con Richard Snyder en abril de 2001, y recogida en «Juan J. Linz: Political Regimes, Democracy, and the Quest for Knowledge», en Gerardo L. Munck y R. Snyder (eds.), *Passion, Craft, and Method in Comparative Politics*, de próxima publicación en Baltimore, Johns Hopkins University Press, pp. 2-3.

ve meses². Su posición allí era peculiar en muchos aspectos. No era un exiliado, como lo fue su amigo Manuel García Pelayo, ni tampoco un inmigrante, como tantos otros se vieron obligados a serlo. Era un estudiante en un excelente programa de doctorado en Sociología de una de las mejores universidades del mundo. Pero, a sus 24 años, convivía con compañeros más jóvenes y en cualquier caso mucho menos maduros intelectualmente que él. Y además no pertenecía al bando de los franquistas vencedores ni al de los perdedores republicanos. Como ha recordado con mucho cariño Seymour Martin Lipset (quien en seguida se convertiría en su amigo y en el supervisor de su tesis, pese a contar sólo unos pocos años más que él), «los españoles eran maravillosos si habían participado en la guerra civil en el bando leal [es decir, republicano] o si eran exiliados leales. Pero Juan no era ninguna de las dos cosas»³. Se trata de un punto de partida realmente singular, que se tradujo en que su futura formación como científico social, que sería desde luego americana, se hiciera sobre la base de una educación universitaria española, un *background* cultural alemán y una intensa experiencia social y política europea. Como él mismo ha añadido, su trabajo intelectual no puede entenderse sin mencionar esta combinación de influencias, que le han permitido encontrarse permanentemente en un cruce de disciplinas, culturas, lenguas y países como muy pocos otros académicos de su generación⁴.

Entre estos primeros años de formación y aquellos últimos premios, que por el momento han culminado con el concedido por el CIS, ha transcurrido, como dice el bolero, *toda una vida*. ¿Cómo dar cuenta de ella en unos pocos minutos? Puesto que la mayoría de quienes estamos aquí compartimos una concepción empírica de las ciencias sociales, los datos del abrumador currículum de Juan nos proporcionan una primera evidencia. Es autor hasta el momento de 309 publicaciones, según el reciente recuento de H. E. Chehabi⁵, entre las que hay cerca de una veintena de libros, muchísimos capítulos en libros editados con una extensión media superior al centenar de páginas y otros tantos artículos cuya extensión ha debido desesperar a los más permisivos editores. En la también empírica observación de Amando de Miguel, en los libros colectivos, el capítulo de Juan es *siempre* el más largo⁶. Y en ellos cabe, en el cualificado recuerdo de Lipset, todo lo que posiblemente pueda ser

² Juan J. Linz, «Between Nations and Disciplines: Personal Experience and Intellectual Understanding of Societies and Political Regimes», en Hans Daalder (ed.), *Comparative European Politics: The Story of a Profession*, Londres y Washington D.C., Pinter, 1997, p. 103.

³ Seymour Martin Lipset, «Juan Linz: Student-Colleague-Friend», en H. E. Chehabi y Alfred Stepan (eds.), *Politics, Society, and Democracy: Comparative Studies*, Boulder (Colorado), Westview, 1995, p. 3.

⁴ En Snyder, «Juan J. Linz», p. 4.

⁵ En «Una bibliografía de Juan J. Linz», que también se recoge en este número de la *REIS*.

⁶ Amando de Miguel, «The Lynx and the Stork», en Richard Gunther (ed.), *Politics, Society, and Democracy: The Case of Spain*, Boulder (Colorado), Westview, 1993, p. 5.

conocido sobre el tema en cuestión⁷. Tanto es así que en la jerga de la profesión está ya acuñado el adjetivo *linziano* para denotar, aplicado a los manuscritos, desde tesis doctorales hasta simples voces de enciclopedias, una extensión desmesurada. (Algo de eso comparten también no pocos de los discípulos de Juan, por lo que se trata de un fenómeno bien conocido.) Y quienes hemos colaborado con Juan en algún artículo, capítulo o libro sabemos que el peor momento llega cuando hay que poner punto y final y mandarlo a la editorial. Eso sí, una vez que se han desobedecido todas las indicaciones sobre la extensión mínima del manuscrito e incumplido fatalmente todos los plazos: siempre hay un argumento que ampliar, un libro que consultar, una cita que añadir, una nueva tabla que incluir. (Y también dejaré esto aquí, porque estoy convencido de que Juan tiende a seleccionar como colaboradores a colegas todavía más *linzianos* que él mismo.) Vale decir, de nuevo con la acreditada experiencia de Amando de Miguel, que Juan nunca termina en realidad sus trabajos, sino que éstos son literalmente arrancados de sus manos por el editor o la editorial, lo que a su vez lleva a que esos trabajos tengan para Juan la sempiterna consideración de inconclusos⁸.

Pero volvamos a sus publicaciones, uno de los motivos obvios para la concesión del premio del CIS. Si su número resulta llamativo, la amplitud y calidad de sus contenidos es sencillamente impresionante. Juan es autor de trabajos definitivos sobre muchos aspectos básicos de la democracia, en el sentido de que es imposible investigar esos campos sin consultar previamente sus aportaciones, y de que es sumamente difícil escribir sobre esas cuestiones sin citar o discutir sus argumentos. Estoy seguro de que no pecho de exageración si resumo la relevancia de sus contribuciones señalando que han marcado un *antes* y un *después* en los últimos cuarenta años de las ciencias sociales.

Quisiera ahora destacar tres conjuntos de trabajos. El primero es el que lleva realizando de forma casi ininterrumpida desde los años sesenta sobre los regímenes totalitarios, los autoritarios y los que él ha bautizado como *sultanísticos*. Es un ingente esfuerzo para comprender la variedad de los regímenes no-democráticos, especificar sus diferentes tipos, trazar comparativamente sus rasgos esenciales, conocer sus distintas pautas de funcionamiento y observar los elementos comunes o diferenciales de sus respectivos partidos, instituciones y líderes. Como era de imaginar, el caso de España ha estado latiendo vital y conceptualmente detrás de buena parte de esos trabajos. Las percepciones del Linz adolescente sobre las diferencias entre falangistas, católicos, carlistas, militares, monárquicos y franquistas le han permitido edificar un complejo edificio teórico, repleto además de observaciones empíricas extraordinariamente refinadas sobre decenas de regímenes au-

⁷ Lipset, «Juan Linz», p. 4.

⁸ De Miguel, «The Lynx and the Stork», p. 5.

toritarios, un edificio que ha seguido revisando hasta antes de ayer y que ya goza de una validez indiscutida en la ciencia política contemporánea. Si tuviera que señalar tres componentes esenciales de ese edificio, seleccionaría sin duda su trabajo sobre «An Authoritarian Regime: The Case of Spain» [33]⁹, por su condición de pionero; las 236 páginas del capítulo sobre «Totalitarian and Authoritarian Regimes» [81], incluido en el *Handbook of Political Science* que en 1975 editaron Nelson Polsby y Fred Greenstein, por su decisiva contribución a nuestro entendimiento de las dictaduras, y su libro sobre los *Sultanistic Regimes* [247], editado con H. E. Chehabi, por su originalidad.

Su preocupación sobre el fracaso casi simultáneo de la República de Weimar y de la República española le llevó a embarcarse, junto con Alfred Stepan, su discípulo, colaborador y amigo, en una segunda línea de investigaciones sobre las que también cabe señalar un *antes* y un *después*. Cristalizó en *The Breakdown of Democratic Regimes* [96], un extraordinario (y por supuesto voluminoso) libro que a partir de 1978 modificó radicalmente nuestra forma de comprender los procesos de crisis o *breakdowns* de las democracias que terminaron con el establecimiento de regímenes autoritarios. Su intención era la de subrayar la relevancia de las variables específicamente *políticas* frente a las tesis entonces defendidas por muchos sociólogos y algunos economistas, que cifraban en factores exclusivamente sociales o económicos las crisis de las democracias¹⁰. Para ello aplicaron de forma renovada conceptos como legitimidad, deslealtad o reequilibrio, y desmenuzaron las actividades de los políticos, las estrategias de sus partidos, las peripecias de sus gobiernos o las contribuciones de sus políticas públicas en muchos países de dos continentes. El capítulo dedicado por el propio Juan al fracaso de la II República española [99] es, en mi opinión, sencillamente modélico, y tiene, entre otras muchas, la virtualidad de evidenciar los efectos deslegitimadores de los políticos, instituciones y decisiones de la República, unos efectos que hasta entonces habían pasado desapercibidos en la muy abundante literatura existente sobre aquellos años de esperanza y de dolor.

Tras estas aportaciones decisivas para el conocimiento de por qué fracasan las democracias, Juan ha tenido la fortuna de poder contribuir, y de hacerlo de nuevo con trabajos excepcionalmente valiosos, al análisis de cómo nacen, o re-nacen, los regímenes democráticos. Cuando el libro sobre la quiebra de las democracias estaba finalizándose, ocurrió que los generales griegos prescindieron de sus coroneles, Portugal inició su revolución de abril y España abrió por fin un largo e incierto periodo tras la muerte del general Franco. Para

⁹ En lo sucesivo, utilizaré los números entre corchetes para reenviar a los trabajos de Juan incluidos en H. E. Chehabi, «Una bibliografía de Juan J. Linz», que se recoge en este mismo número de la *REIS*; va de suyo que me limitaré sólo a los más relevantes.

¹⁰ Linz, «Between Nations and Disciplines», p. 107.

Juan, y en seguida también para Al Stepan, las transiciones democráticas de la tercera ola en el Sur de Europa, y luego en América Latina y en el Este de Europa, fueron seguidas con un apasionamiento, una ilusión y una dedicación analítica extraordinarios. Entre el otoño de 1976 y principios de 1978, Juan vivió desde Madrid todos y cada uno de los acontecimientos de la transición española. No fueron pocos: incluyeron la aprobación de la Ley para la Reforma Política y los congresos fundacionales de los partidos, las primeras grandes demostraciones de masas y las primeras elecciones democráticas tras cerca de cuatro décadas, las entrevistas a muchos miembros de la nueva elite política y la participación en incontables conferencias, seminarios y debates. Como fruto de casi dos décadas de trabajo continuado, ambos han dejado algunas decenas de artículos y sobre todo un libro monumental, *Problems of Democratic Transition and Consolidation* [227], que de nuevo ha supuesto un hito inigualado en el nutrido campo de la *transitología*. Aparecido en 1996, el libro contiene un diálogo permanente entre los supuestos teóricos y los casos empíricos, en un ejercicio ejemplar de interacción entre las definiciones, los conceptos y las teorías de medio rango que hasta entonces habían pasado también desapercibidos. Además, el libro realiza un exhaustivo análisis comparado de tres países del Sur de Europa, cuatro de Sudamérica y seis de la Europa postcomunista.

Y un tercer bloque de estudios que han marcado decisivamente el debate actual sobre los regímenes políticos es el de los dedicados al presidencialismo y a su comparación implícita con el sistema parlamentario. Su pregunta básica pretendía saber en qué medida la crónica inestabilidad política de Latinoamérica estaba relacionada con las instituciones específicas del régimen presidencialista. De nuevo, lo que comenzó siendo una serie de reflexiones analíticas comparadas sobre las debilidades estructurales de los sistemas presidencialistas (a causa de su rigidez política y de los incentivos a presidentes y congresos para enfrentarse entre sí por sus respectivas legitimidades de origen electoral) terminó dando lugar a numerosas publicaciones y en 1994 a un libro decisivo, *The Failure of Presidential Democracy* [207], ahora con su discípulo Arturo Valenzuela. Se trata además de un libro que ha tenido una influencia extraordinaria en sede académica, pero también en los círculos políticos de América Latina. Con una intensidad no exenta de pasión, los partidarios y los críticos de Juan han discutido en congresos y seminarios, han rivalizado en todo tipo de publicaciones e incluso han acudido en numerosas ocasiones a su autoridad para llevar a la arena política propuestas de reforma institucional que buscaban paliar algunos de los problemas característicos de sus sistemas presidenciales, o que intentaban «importar» algunas instituciones o mecanismos de los regímenes parlamentarios, sobre todo en Brasil, Bolivia, Ecuador y Argentina.

Estas tres líneas seleccionadas constituyen en realidad sólo una parte de las contribuciones de Juan al conocimiento de los fenómenos políticos contemporáneos. Junto con ellas, sus trabajos sobre los movimientos y líderes fascistas han permitido separar el *grano* de

los procesos dominados por actores políticos con capacidad de tomar decisiones relevantes, de la *paja* de condiciones deterministas de orden social o económico [87, 112, 252]. Sus trabajos sobre el nacionalismo han consagrado la distinción entre *nation-state* y *State-nation* [201], han diferenciado entre los procesos de *state-building* y los de *nation-building* [71], han reorientado los análisis empíricos sobre los nacionalismos de tipo primordialista y los de tipo universal [142], han comprobado la preocupante frecuencia de los ejercicios de deslealtad en muchos partidos nacionalistas [238], han difundido en las encuestas de todos los países su famoso indicador de identidad nacional dual o solapada, frente a los discursos de los nacionalistas de toda laya y condición para quienes las identidades nacionales o nacionalistas son a la vez exclusivas y excluyentes [166], y han examinado con detenimiento los logros y los problemas del nuevo Estado de las autonomías [140], sobre todo en el País Vasco [145]. Sus trabajos sobre elecciones aplicaron de forma pionera las técnicas cuantitativas a muchas encuestas realizadas en Alemania, Italia y sobre todo España [23, 58], en parte gracias a su decisiva participación en la creación y dirección de DATA, una benemérita empresa de encuestas a la que todos los investigadores españoles estamos agradecidos [115, 117, 145, 146]. Su intensísima implicación en la redacción de cuestionarios (sea la de sus muchos doctorandos para los capítulos empíricos de sus tesis, o los de las encuestas de DATA, o los de las *European Values Surveys*, otro proyecto comparado a cuyo lanzamiento Juan contribuyó decisivamente) le ha permitido aplicar la *vers-tehen* weberiana para colocarse en la piel de los encuestados [58]. Sus trabajos sobre partidos han llamado constantemente la atención sobre sus déficits de legitimidad, las contradicciones y las insuficiencias crónicas de unas organizaciones políticas que por lo demás son obviamente imprescindibles para el funcionamiento regular de las democracias contemporáneas [266, 277, 282]. Y algo similar cabría ir señalando de otros muchos trabajos, dedicados a las condiciones específicas de los gobiernos interinos, unos supuestos tan poco tratados como fundamentales para el éxito de los cambios políticos y las transiciones democráticas [214]; a las elites sociales [64], políticas [67] y sobre todo ministeriales [267, 284] en los regímenes políticos; a los problemas de los sistemas democráticos de todo tipo, en cuatro continentes y a lo largo del último siglo [185, 213, 239]; a los empresarios y a las empresas como integrantes de los grupos de interés cuya articulación resultaba esencial en la España de los años sesenta [46, 119]; a la sociedad española de los últimos cinco siglos [68, 219]; a los intelectuales en distintos regímenes políticos [69, 302]; a las dimensiones sociales, políticas y electorales de las religiones [200, 294], y así tantos y tantos otros temas.

Se trata, en suma, de una obra colosal, de dimensiones ciertamente *linzianas*, y con un impacto excepcional en las ciencias sociales. Y que se verá además culminada dentro de poco, cuando Juan y Stepan puedan terminar su libro sobre federalismo, nacionalismo y democracia [238], una tríada que hasta ahora ha solido estar ausente de los análisis com-

parados de las democracias con estructuras e instituciones federales o, como en el caso español, cuasi-federales. Por mi parte, me gustaría cerrar esta *laudatio* con la simple enumeración (ya que no hay tiempo para mucho más) de cuatro circunstancias que se han concitado para moldear la singular trayectoria académica de Juan, y que muy probablemente han estado también en el ánimo de los miembros del Jurado que con tanto acierto le concedió el Premio del CIS que hoy celebramos.

La primera radica en el hecho de que su enorme obra está de un modo u otro vinculada al caso español. Amando de Miguel ha llegado a decir que si uno tuviera que unificar sus muchos y variados trabajos en un solo volumen sintético, éste debería llevar el título de *El caso de España*¹¹. Y Philippe Schmitter ha sido todavía más gráfico al subrayar la «extraordinaria capacidad [de Juan] para explotar la conceptualización y la investigación empírica sobre un solo país hasta construir un muy leal grupo de seguidores entre comparativistas de diferentes regiones del mundo. (...) Y si se tiene en cuenta que el punto de partida era un país como España, en el que nadie estaba interesado o podía incluso clasificar hasta la mitad de los años setenta, ese logro es todavía más destacable»¹². No se trata sólo de que Juan haya publicado trabajos definitivos sobre la historia social, la Restauración, la II República, el régimen franquista, las elites empresariales, intelectuales y políticas, la transición democrática, la Iglesia, los partidos políticos, los nacionalismos españoles o el problema vasco, que también, sino que el caso español le ha servido como punto de arranque y estímulo para formular sus preguntas, así como para apuntar respuestas válidas a una constelación mucho más compleja de casos comparados.

Para ello también fue importante, en segundo lugar, la excelente formación recibida en los años cincuenta en la Universidad de Columbia, en la que enseñaban nombres tan míticos como Paul Lazarsfeld, Otto Kirchheimer, Kingsley Davies, Robert Lynd, Robert Merton o Seymour Lipset. Según los recuerda Juan, todos ellos resultaron ser decisivos para su desarrollo intelectual¹³. Tras comprobar las insalvables dificultades para incorporarse a la vida académica española una vez que hubo defendido su tesis doctoral, Juan se integró en 1961 en ese mismo Departamento de Sociología. Y allí permaneció hasta 1968, cuando fue nombrado, y hasta ahora, profesor de Ciencia Política y Sociología en la Universidad de Yale. En ambas universidades, su actividad ha estado guiada por su doble condición de sociólogo y de politólogo. Tengo para mí que una de las ma-

¹¹ De Miguel, «The Lynx and the Stork», p. 8.

¹² Philippe Schmitter, «Una biografía intellettuale e di vita del "maestro-compositore" Juan J. Linz», *Rivista Italiana di Scienza Politica*, 33 (3), 2003, p. 518.

¹³ Linz, «Between Nations and Disciplines», p. 103.

yores satisfacciones de Juan al recibir este premio es que abarca los dos principales campos de las ciencias sociales, la Sociología y la Ciencia Política, que él ha procurado fundir a la hora de plantearse sus preguntas de investigación y de realizar sus análisis comparados.

En realidad, Juan es un weberiano integral: Max Weber es para él una especie de estrella polar, así como fuente permanente de inspiración, ideas y conceptos¹⁴. Y, como Weber, cruza con tanta facilidad como maestría las fronteras disciplinares¹⁵. Su admiración por Vilfredo Pareto viene sólo después, así como su amor por la historia, a la que considera como maestra de la vida con tanta fuerza como para tener un lugar preferente en sus investigaciones, para defender la historicidad radical de los fenómenos políticos e incluso para expresar en muchas ocasiones, como su también admirado Joseph Schumpeter, su gusto por la profesión de historiador social de no haber sido lo que es¹⁶. Y se trata, en fin, de un weberiano constitutivamente moderado a la hora de explicitar sus sesgos normativos, que siempre han rechazado la violencia y que han girado alrededor de su repugnancia por los regímenes dictatoriales y su preferencia por el sistema político democrático, y más concretamente por una democracia basada antes en un consenso mayoritario que en las imposiciones minoritarias de quienes se creen en posesión de la verdad¹⁷. Como ha señalado Lipset, Juan representa la auténtica personificación del académico: es, en sus términos, un «*scholar's scholar*»¹⁸. Y como el propio Juan gusta de repetir, la visión del intelectual que le resulta más atractiva es la de aquel que quiere entender lo que pasa y distinguir así lo que es posible de lo que no lo es, aquello que lleva al desastre de aquello que parece tener mejor pronóstico. En sus propias palabras, «se dice muchas veces que la función del intelectual es ser crítico. Creo que sí, que tiene que ser crítico, pero no sólo crítico, tiene también que aportar algunas ideas, si puede, constructivas. Es decir, que la crítica no es en sí misma lo mejor, sino que su misión es pensar sobre las alternativas, introducir una mayor racionalidad en las decisiones y una mayor conciencia de los problemas, y tratar de explicar al ciudadano por qué las cosas son distintas en el país de uno, no porque el país sea específicamente distinto, sino porque los hechos sociales y políticos tienen lugar en un contexto histórico diferente»¹⁹.

¹⁴ Linz, «Between Nations and Disciplines», p. 104.

¹⁵ Lipset, «Juan Linz», p. 4.

¹⁶ Linz, «Between Nations and Disciplines», p. 111.

¹⁷ En Snyder, «Juan J. Linz», pp. 36-37.

¹⁸ Lipset, «Juan Linz», p. 3.

¹⁹ En Javier Tusell, «Entrevista con Juan J. Linz», *Cuenta y Razón*, 32, 1987, p. 105.

Una tercera circunstancia destacable radica en el amor por la enseñanza que ha demostrado tanto en las Universidades de Columbia y Yale como en las muchas otras en las que ha enseñado como profesor invitado. Hay muchas anécdotas ya legendarias sobre la densidad característica de sus clases, y estoy seguro de que muchos de los que estamos aquí hemos disfrutado del espectáculo único que era atender a sus seminarios. Para quienes no le han conocido, Scott Mainwaring, uno de sus estudiantes más destacados en los años setenta, ha recordado la llegada siempre apresurada de Juan portando un bolsón repleto de libros sobre los más variados temas de clase y sobre muchos otros colaterales, complementarios y adicionales; la incesante sucesión de cigarrillos Ducados a veces confundidos con la tiza, el larguísimo programa de lecturas recomendadas y unas sesiones en las que Juan hablaba ininterrumpidamente sin consultar una nota o un libro ante la atónita mirada de los estudiantes²⁰.

Muchos de esos estudiantes hicieron luego sus tesis doctorales bajo la supervisión de Juan. Es probable que también a este respecto pueda presumir de algún récord académico: ha dirigido cerca de 70 tesis sobre 30 países distintos, y al menos 40 de ellas están publicadas. Se trata, como dice Juan, de uno de los elementos más satisfactorios de su vida académica²¹. Ese impresionante número de tesis resulta sólo explicable si se atiende a la extrema generosidad demostrada por Juan a cualquiera que se le acercara para preguntarle, consultarle o demandarle cualquier tipo de información. Para Lipset, y para tantos otros colegas que han hecho reconocimientos similares, Juan es uno de los más generosos directores de tesis que ha conocido nunca, hasta el punto de que los estudiantes vengan a suponer una extensión de sí mismo²². Muchos de los que estamos aquí podemos dar cuenta de esa insólita generosidad con sólo recordar la experiencia única que nos ha permitido disfrutar, como estudiantes recién graduados o recién doctorados, de la hospitalidad de Rocío y Juan en su casa de Ingram Street, en Hamden (Connecticut), incluyendo el transporte desde la estación, la visita turística a New Haven y Yale, la comida o/y la cena con sus correspondientes aperitivos, cafés, meriendas y copas, y por supuesto la discusión con Juan. Éramos literalmente abducidos a un viaje maravilloso durante horas que se nos antojaban minutos. Y esa experiencia podía incluso continuarse cuando se coincidía con Juan en alguna ciudad interesante durante la celebración de una reunión científica o profesional: entonces uno podía disfrutar además de la inmensa cultura histórica, artística y musical de Juan, puesta al servicio de una exhaustiva visita a pie a la ciudad en cuestión ya para siempre imborrable.

²⁰ Scott Mainwaring, «Introduction: Juan Linz and the Study of Latin American Politics», en S. Mainwaring y Arturo Valenzuela (eds.), *Politics, Society, and Democracy: Latin America*, Boulder (Colorado), Westview, 1998, p. 19.

²¹ En Snyder, «Juan J. Linz», p. 43.

²² Lipset, «Juan Linz», p. 10, y De Miguel, «The Lynx and the Stork», p. 4.

Por lo demás, Juan ha reforzado el ya de por sí notable número de alumnos a quienes ha dirigido sus tesis con el de los incontables estudiantes que han acudido a él en busca de consejos u orientaciones académicas, investigadoras o profesionales. Con el tiempo, estos «estudiantes adoptados», como les ha denominado Mainwaring²³, no han hecho sino crecer y enorgullecerse de sus vínculos intelectuales con Juan desde todos los continentes. Aunque Juan suele relativizar su generosidad calificándola como egoísta, una especie de imposible oxímoron explicable por el hecho de que aquellos doctorandos o estos estudiantes tenían el valor de haber emprendido investigaciones que él hubiera querido hacer, pero para las que carecía de tiempo, en realidad todos los que nos hemos beneficiado de sus consejos no podemos sino sentirnos agradecidos por el privilegio de haber contado con la ayuda de un auténtico, genuino *maestro*. Algo similar puede decirse de su relación con tantos otros colegas. Si tuviera que seleccionar a sólo uno de ellos, estoy seguro que todos sin duda suscribiríamos las palabras con las que José Castillo ha descrito recientemente al Juan a quien trató en Nueva York durante dos años hace cerca de cincuenta: «En suma, Linz se me entregó (...) con la enorme generosidad que le caracteriza, con su gran inteligencia, con su memoria prodigiosa, con su espíritu cultivado en múltiples saberes, con su amor por el arte y la política, en particular por la española (...), con su impresionante dominio de las lenguas, con su inconfundible deje, con sus desmañadas maneras, con sus constantes despistes, con su inmensa capacidad —y necesidad— de afecto. (...) Empezó así una nueva relación de discipulado y amistad»²⁴.

Y lo mismo vale también para quienes tenemos la fortuna de seguir colaborando con él en alguno de los muchos proyectos que tiene entre manos. No es por eso extraño que Juan ostente adicionalmente el récord del mayor número de apariciones en las páginas de agradecimientos de los centenares de libros escritos por quienes han acudido a él en busca de consejo y ayuda. Los libros dedicados expresamente a él por sus discípulos y colaboradores son también muy numerosos, incluyendo el de Albert Szymanski, que dedicó el suyo al «Frente de Liberación Nacional del Vietnam del Sur y a Juan Linz»²⁵. Aunque, si se me permite, a mí me gusta especialmente una dedicatoria reciente de dos de sus discípulos, que dice sencillamente: «A Juan Linz, sine qua non»²⁶.

²³ Mainwaring, «Introduction», p. 21.

²⁴ En Bernabé Sarabia, «Conversaciones con José Castillo Castillo: a modo de entrevista», en Juan Díaz Nicolás y otros, *Reflexiones sociológicas. Homenaje a José Castillo Castillo*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 2004, p. 18.

²⁵ Se trataba de *The Capitalist State and the Politics of Class*, Cambridge (Massachusetts), Winthrop, 1978; en Mainwaring, «Introduction», pp. 20 y 26.

²⁶ En Richard Gunther, José Ramón Montero y Joan Botella, *Democracy in Modern Spain*, New Haven, Yale University Press, 2004.

Por último, pero desde luego no en último lugar, está Rocío de Terán, una brillante escritora de libros infantiles y su mejor colaboradora. Lipset la ha retratado como su principal editora y la perfecta organizadora que pone un cierto orden en la absorbente vida investigadora de Juan²⁷. En palabras de Juan, ha sido lectora crítica, asistente de investigación, editora, traductora y coautora en los estudios de historia social española, de modo que, sin ella, muchos de sus trabajos no hubieran podido completarse ni publicarse²⁸. Para sus discípulos, Rocío es la que hace todo posible, por lo que si es acreedora al reconocimiento que Juan siempre le hace, también merece recibir, como quiero ahora subrayar expresamente, el agradecimiento de todos nosotros.

Termino. Y lo hago trasladando a Juan (y a Rocío, claro) el cariñoso saludo de quienes no han podido venir y me han pedido que diga, como así hago, que gracias a Juan han llegado a ser lo que son en el ámbito académico, que han reforzado su pasión por saber y su búsqueda de la excelencia en la investigación en Sociología o en Ciencia Política, y que tienen ya un compromiso permanente con la búsqueda de esa verdad que, como subrayan tantos escudos y lemas universitarios, es el fundamento de todas nuestras libertades básicas.

Por supuesto que cuantos estamos aquí, y los muchos que hubieran deseado estar, celebremos también el premio concedido por el CIS. Porque, además de ensalzar el trabajo académico de Juan, nos permite reconocer a quien a la postre es también una persona entrañable. Aunque sus facetas son excesivamente numerosas como para ser aducidas aquí, me gustaría subrayar al menos las de su condición de trabajador infatigable con biorritmos creativos sobre todo en las horas nocturnas; amante de la ópera y orgulloso poseedor de un abono en el Metropolitan Opera House desde hace décadas; fumador empedernido (bien que hasta hace pocos meses) cuyas raciones de Ducados eran el único tributo que se atrevía a sugerir a sus visitantes españoles; bromista circunspecto, irónico contenido, pesimista moderado, ecléctico decidido por su permanente apertura a los distintos enfoques teóricos y metodológicos; fundador de una de las primeras ONGs *avant la lettre* hace ya muchos años para ayudar a los republicanos españoles en el exilio; acogedor en su casa de Hamden a cuantos españoles de toda condición se encontraran en un radio de 200 kilómetros de Connecticut para practicar con ellos la hospitalidad más amable que pueda imaginarse; lector voraz de los libros de arte que constituyen una parte sustancial de su impresionante biblioteca; viajero enamorado de un sinfín de ciudades y paisajes a los que trata siempre de volver, las más de las veces con la excusa de una reunión académica o profesional cuya carga adicional de trabajo le sabe a poco ante la oportunidad de cono-

²⁷ Lipset, «Juan Linz», p. 9.

²⁸ Linz, «Between Nations and Disciplines», p. 114.

cer un nuevo lugar interesante o de volver a alguno de sus preferidos; desconfiado de las nuevas tecnologías, es decir, de todo lo que haya podido venir después de la invención de la pequeña máquina de dictar que tanto utiliza, y, en fin, poseedor de una consumada técnica de absorber, más que de leer, libros y trabajos que en realidad constituyen la esencia de la *serendipity*, o serendipia, por medio de la cual uno descubre cosas inesperadas y útiles mientras busca otras completamente diferentes²⁹.

Si se quiere resumir en una imagen esta trayectoria personal y académica, finalizaría señalando que Juan es uno de los mejores y mayores *gigantes* sobre cuyos hombros tenemos el privilegio de encaramarnos para ver mucho más lejos. La Sociología y la Ciencia Política tienen así una impagable deuda con Juan, que premios como el que estamos celebrando subrayan con especial sensibilidad. Me gustaría que a través de esta *laudatio* puedan compartirse las razones que hacen especialmente merecedor del Premio Nacional del CIS a este español ya universal, intelectual ejemplar y persona buena en todos los sentidos de la palabra.

²⁹ De Miguel, «The Lynx and the Stork», p. 5.